

Atajos feministas en las penumbras del insilio

Mabel Bellucci¹

Resumen

Este trabajo aborda la multiplicidad de experiencias que acumularon las feministas durante la etapa del insilio, en Buenos Aires, impuesto por el latrocinio de la dictadura militar (1976-1982). Para el ensayista Chango Illánz (2006) en su trabajo “Exilio e insilio. Una mirada sobre San Juan”, el insilio “es una identidad vulnerada porque es una memoria reprimida. Aunque esa contención acumulativa tiende a liberarse y entonces se transforma en cultura, es una conciencia extrañada. El insiliado está en su propia tierra en calidad de desterrado”. En consecuencia, las que habían sido activistas feministas o militantes políticas de los partidos de las izquierdas, de las organizaciones político-armadas, de la universidad o de los sindicatos de la época que se quedaron refugiadas en nuestro país, atravesaron un “exilio interno” o “insilio”. Justamente, al desaparecer del ágora la “política con mayúsculas” hubo una salida a la micropolítica, a configurar un mundo público desde el encierro y la autogestión. Este texto fue ampliando sus horizontes al tomar testimonio alrededor de sesenta personas claves. Los archivos privados de nuestras pioneras representaron las pistas de la documentación examinada. Abrieron sus archivos y aportaron materiales y documentos que luego se utilizó con tesón; sin ellos hubiera sido imposible reconstruir esta coyuntura histórica particular. Cumplieron la función protagónica de llevar y traer datos, nombres, fechas y acontecimientos. Por todo esto y mucho más, se pudo rastrear la acción subterránea de nuestras mujeres, con un esfuerzo emocional y abrumador plasmado en la escritura en periódicos o revistas de tirada comercial, en las reuniones en casas abocadas a los grupos de estudios y de reflexión, sin desconocer la producción gráfica particular. En efecto, ellas narraron sus crecimientos personales al desprenderse del formato corporativo institucional. Esos territorios que constituían el demos de toda una generación solían empuñar patrones severos y rigurosos en cuanto a los comportamientos sociales y privados. Sin embargo, las mujeres al estar aisladas pero también acogidas por su mundo íntimo y familiar, comenzaron a politizar lo privado. De allí el lema “Lo personal es político” o “Transformar la experiencia subjetiva en saber político” como le gusta plantear a la psicoanalista feminista Martha Rosenberg (1990) de acuerdo a sus propias necesidades y destinos, hicieron cuerpo. Esta fue una característica dominante de casi todos los feminismos de América Latina, donde sus países atravesaron estados dictatoriales. Es para reparar que la historia del feminismo argentino en las penumbras del insilio no ha dejado demasiados rastros tanto en la producción de textos colectivos o personales como en las

¹ Activista feminista queer. Integrante del Grupo de Estudios sobre Sexualidades (GES) en el Instituto de Investigaciones Gino Germani-UBA. Participa de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto Legal, Seguro y Gratuito y del espacio Socorristas en Red. Esta ponencia es un extracto del capítulo ¡Arremete Mujer! del libro Historia de una desobediencia. Aborto y feminismo, Editorial Capital Intelectual, 2014.

intervenciones públicas. Se perdieron las huellas, incluso, para las propias protagonistas. Los datos que existen en la actualidad se transmitieron de boca en boca, sobre todo mediante el testimonio y recuerdo de las involucradas y también el registro en un puñado de ediciones escritas. Lamentablemente, poco lugar quedó para la reconstrucción de lo acontecido mientras un reto perdura como un compromiso: erigir genealogías, linajes, guías para lo inmediato del feminismo. No obstante, no todo fue oscuridad en el insilio: se construyó mucho más de lo que supone o se intuye. Por ejemplo, se constituyeron pequeñas organizaciones feministas; comenzaron a aglutinarse aquellas interesadas en debatir la teoría académica feminista que recorría el mundo por ese entonces -en especial de cuño anglosajón y del italiano también-. Así, el hecho de haberse aglutinado durante tanto tiempo animó a esas pocas mujeres, solas, anhelantes, a apostar por una salida en cuanto a reclamos.

Atajos feministas en las penumbras del insilio

Mientras el feminismo internacional ensanchaba sus fronteras como pocas veces en su historia, en la Argentina las/los militantes de las izquierdas, las activistas del feminismo, del sindicalismo combativo, del movimiento obrero, como de otros tantos movimientos sociales, pasaron a la clandestinidad o a otros modos de preservación como medida precautoria, motivadas por la incertidumbre y el miedo. Provocar esas conductas fue una de las formas en las que se manifestó la represión sistemática por parte del terrorismo de Estado. Otro camino para escapar a la desaparición, en muchos casos, fue el del exilio político, el refugio y el asilo, a veces en forma de peregrinaje por las grandes urbes de Europa y de América Latina.

Las preocupaciones sintonizaban con los desvelos de la época bajo una coyuntura histórica particular dada por la globalización de la economía, en donde la reforma del capitalismo emprendido durante la posguerra terminó colapsando hacia la mitad de los años setenta. Así, se logró alterar el control de los movimientos de capitales por parte de los gobiernos, situación que condicionó todos los aspectos de la vida colectiva de acuerdo a la lógica del mercado. Este fue un destino compartido con toda una generación del continente comprometida con los procesos revolucionarios. Por consiguiente, la estricta vigencia del estado de sitio, los allanamientos y las detenciones ilegales, obligaron a la autodisolución de las agrupaciones que intervinieron públicamente de esos años. En esta dirección, se aceleró el decaimiento y la desintegración de todas las organizaciones populares, entre ellas, las feministas. De acuerdo a lo que sostiene la poeta feminista Hilda Rais “Los servicios de inteligencia habían caracterizado a las mujeres que militaban en el feminismo como grupos de ultraizquierda no ligados a partidos políticos”. Se podría decir que, a pesar de que el régimen estaba en todas partes, las que no tuvieron otras alternativas más que el retiro silencioso de permanecer ocultas se las ingeniaron para generar situaciones que hicieran esa vida más vivible. Imperaba la necesidad de propagar los acontecimientos tanto locales como internacionales y también de sostener relaciones a la distancia con quienes partieron sin otra alternativa para salvar sus vidas.

Integrarse a grupos de estudio cerrados fue una de las opciones para quienes se quedaron en el país. Mayormente, en esos cenáculos se profundizaban y discutían lecturas de viejas/os y nuevas/os pensadoras/es como una manera de resistir y de compartir informaciones sobre los desmanes de la dictadura que obviamente no aparecían en los periódicos nacionales. Esta modalidad autogestiva y de soporte intelectual, pero también político y cultural se propagó entre los circuitos militantes de las clases medias urbanas denominada “La cultura de catacumbas”, al decir del ensayista Juan José Sebrelli. Justamente, al desaparecer del ágora la “política con mayúsculas”, hubo una salida a la micropolítica, a configurar un mundo público desde el encierro y la autogestión. En consecuencia, las que habían sido activistas quedaron refugiadas en un “exilio interno” o “insilio” como plantea Chango Illán. Para este investigador, el insilio “es una identidad vulnerada porque es una memoria reprimida. Aunque esa contención acumulativa tiende a liberarse y entonces se transforma en cultura, es una conciencia extrañada. El insiliado está en su propia tierra en calidad de desterrado”.² Pese a esta aguda visión no siempre hablan de lo mismo las historias de vida de una cantidad de activistas feministas. Algunas atravesaron crecimientos personales al desprenderse del formato corporativo institucional como los partidos políticos, las organizaciones político-armadas o los sindicatos. Esos territorios que constituían el *demos* de toda una generación solían empuñar patrones severos y rigurosos en cuanto a los comportamientos sociales y privados. Sin embargo, las mujeres al estar aisladas pero también acogidas por su mundo íntimo y familiar, comenzaron a politizar lo privado. A partir de las fisuras corroídas que el régimen iría presentando entre intersticios con posibilidades abiertas, ellas de acuerdo a sus propias necesidades y destinos hicieron cuerpo. De allí el lema “Lo personal es político” o “Transformar la experiencia subjetiva en saber político” como le gusta plantear a la psicoanalista feminista Martha Rosenberg³, plasmado en grupos de reflexión. Esta fue una característica dominante de casi todos los feminismos de América Latina, donde sus países atravesaban criminales dictaduras militares; con excepción de México que no sufrió golpe alguno y mantuvo una desenvuelta recepción a las ondas expansivas del feminismo estadounidense. Vuelve el recuerdo de Hilda Rais alrededor de aquellas lecturas y discusiones que llevaban a cabo en medio del

²Illán, Chango (2006): “Exilio e insilio. Una mirada sobre San Juan, su universidad y las herencias del proceso”. *La Universidad*. Año III - N° 19 Facultad de Ciencias Sociales “C UNSJ.San Juan.

³Rosenberg, Martha (1990): “Diferencias y desigualdades. Acerca del V Encuentro V Encuentro Feminista Latinoamericano y del Caribe”, Año I. N°2, Buenos Aires, *El Cielo por Asalto*, pp.25.

creciente horror: “las feministas comenzamos a reagruparnos de tres o cuatro, ignorando que las demás también lo hacían. Eran pequeños grupos de estudio disfrazados de reuniones informales, de encuentros para tomar el té”. Evidentemente, en el caso particular de las feministas de Buenos Aires, se impulsó la lógica de autopreservación activa, es decir, formar grupos para no perder el contacto entre ellas, la oportunidad de reunirse, de hablar bajo el pretexto de estudiar cualquier cosa. Quizá también por pura casualidad aparecía un trabajo feminista como tantos otros temas que alguien traía sin un objetivo preciso, simplemente se socializaba lo encontrado de una manera azarosa. Según, el testimonio de la abogada feminista Marta Fontela “durante 1978, empecé junto a otras compañeras a formar grupos de estudio para no perder lo mínimo que teníamos. Nos reuníamos para ver diferentes textos y de pronto pasamos a estudiar feminismo pues una compañera llevó trabajos. Los leíamos y los discutíamos hasta que se generó una cierta inquietud que nos llevó a continuar las reuniones”.⁴ A partir de 1979, la referente del feminismo histórico Magui Bellotti recuerda que se constituyeron dos grupos abocados a los estudios de teoría feminista, en donde había discusión, deliberación y realizaciones de charlas.⁵

Dos años antes, en 1977, militantes del FIP de la Corriente Nacional junto con otras sin presencia partidaria crearon la “Asociación de Mujeres Argentinas” (AMA). Esta agrupación comenzó a estudiar aspectos de la situación discriminatoria que afecta a las mujeres. Todas leían, sin chistar, bibliografía argentina mechada con lo poco que llegaba del exterior. A partir de su encuadre ideológico afín con el feminismo, AMA salió a la búsqueda de otras interlocutoras vigentes. De allí que conformaron un grupo en el barrio de La Boca que se reunía una vez por semana para estudiar y también debatir temáticas afines. Un año más tarde, en 1978, esta agrupación se transformó en la “Asociación de Mujeres Alfonsina Storni” (AMAS). Entre sus objetivos principales se encontraba el de “mejorar la situación social de la mujer y aumentar su participación en el desarrollo económico del país y en el mantenimiento de la paz”.⁶ Realizaron un boletín que tuvo una tirada limitada de números. Y pegado a esa actividad, armaban conferencias y proyectaban películas para la toma de conciencia.

⁴S/R (1987): *Autorretrato. Marta Fontela*, N°6. Año 11, México, FEM, p.34.

⁵ Bellotti, Magui (1989): “1984/1989 el feminismo y el movimiento de mujeres”. Buenos Aires, *Cuadernos del Sur*, p.2.

⁶ Cano, Inés (1982): “El movimiento feminista argentino en la década del '70”. N° 183, Buenos Aires, *Todo es Historia*, p.84.

Pero AMAS no fue la única. A lo largo de este período se mantuvieron, con sumas precauciones, otras organizaciones tales como “Derechos Iguales para la Mujer Argentina” (DIMA) y el “Centro de Estudios Sociales de la Mujer Argentina” (CESMA). En 1978, el diario *La Opinión* lanzó al rodeo, bajo la coordinación de Marcelo Moreno, “El suplemento de la Mujer”. En esos momentos - ¿quién puede dudarlo?- de profunda censura y represión en este medio gráfico por haber sido intervenido por la dictadura militar, las colaboradoras -básicamente las periodistas feministas María Moreno y Moira Soto- se las ingenieron para llevar adelante entrevistas a figuras vinculadas con la emancipación femenina, críticas de libros y de películas relacionadas a la temática como así también reproducir artículos de revistas feministas europeas. Este suplemento constaba de cuatro páginas que milagrosamente pudo salir unos pocos meses. Aún se los recuerda por su tenacidad.

Tanto va el cántaro a la fuente

Al finalizar los años setenta, se vivieron una diversidad de advenimientos que con una potente repercusión tanto nacional como internacional, comenzó a resquebrajar el poder de la junta militar. 1979, se convirtió en una fecha bisagra. En abril, 3.800 obreros, en su amplia mayoría mujeres, de la empresa textil Alpargatas, del barrio de Barracas, decretaron un paro por tiempo indeterminado. Días después, la "Comisión de los 25", sector gremial vinculado al peronismo combativo, organizó desde la clandestinidad, una huelga general en reclamo de sus reivindicaciones y repudio a la dictadura militar de entonces. Luego, el 6 de septiembre de ese año arribó a Buenos Aires, la “Comisión Interamericana de Derechos Humanos” (CIDH), organismo dependiente de la Organización de Estados Americanos (OEA)⁷. Sus miembros lograron recoger testimonios de los familiares de los desaparecidos y víctimas del terrorismo de Estado. Entre tanto, un artículo publicado en el Suplemento Cultural del diario *Clarín*, el 16 de agosto, galvanizaba a la ciudadanía. Se titulaba “Desventuras en el País-Jardín-de Infantes” y lo firmaba la audaz poeta María Elena Walsh. De pronto, se transformó en un ejemplo de resistencia frente a la censura y las listas negras imperantes. “La reacción fue inmediata. Pasaba de mano en mano en hojas

⁷La visita de A.I. del 6 al 15 de diciembre de 1976 arrojó un informe muy crítico sobre la situación de los derechos humanos en el país y fue una de las primeras denuncias que hicieron internacionalmente pública la situación argentina. Entre varias recomendaciones, en el informe se pedía la publicación de una lista de prisioneros, muertos y “desaparecidos”, el cese de la tortura y la visita de una comisión de las Naciones Unidas.

mimeografiadas. Salió del país llevando al exterior la fuerza de la voz de una feminista de todas las horas que no calla con la potencia de su verdad enfrentó al régimen”. Así describió tal acto de rebeldía la escritora feminista Leonor Calvera.⁸

Un año después, la entrega del Premio Nobel de la Paz a Adolfo Pérez Esquivel -fundador de Servicio de Paz y Justicia (SERPAJ)- significó un gesto temible para el régimen que acentuó su aislamiento mundial, pese a mantenerse en el poder varios años más. En simultáneo, el campo intelectual y político fue sacudido sin retorno posible. Aparecieron revistas indicadoras de un camino de augurios, tales como *Punto de Vista*, *Humor* y *El Porteño*. Dentro de ese contexto de agitación acompasada, el activismo político y social comenzó a emprender la salida de su encierro, incluido el feminismo. En 1979, sucedió algo inesperado: un caso de despido de una empleada del Poder Judicial de Mendoza por ser madre soltera se convirtió en un símbolo de la discriminación sexual y además en una causa destinada a ser abrazada por las feministas que estaban deseosas de salir de los hoyos de la tierra. Nuevamente, se recupera la palabra de Calvera para describir este accionar: “Redactamos una nota de protesta y solidaridad. En menos de una tarde conseguimos la adhesión de cincuenta mujeres de prestigio reconocido en los distintos ámbitos de la cultura. Afortunadamente, en los medios de comunicación se consiguió tener una fuerte resonancia”.⁹ Mientras se aceleraban los tiempos para que la feroz dictadura militar se viese forzada a apresurar las etapas del proceso de transición democrática, de la “Confederación Socialista Argentina” se desprendió la “Unión de Mujeres Socialistas” (UMS) presidida por la feminista socialista Alicia Moreau. Su objetivo se centraba en la conquista de la emancipación de la mujer trabajadora para enfrentar todas las opresiones sociales junto con la discriminación específica. En su manifiesto inicial reconocían que “la lucha no era tan solo contra el capitalismo sino también contra el patriarcado opresor que es una de sus consecuencias”.¹⁰ Hacia finales de los setenta, a la UMS le interesaba convocar a todas las mujeres para luchar por una nueva democracia, por la devolución del poder al pueblo y por la plena vigencia de los derechos humanos. Si bien el contexto de opresión generado por el régimen militar tendía a concentrar energías en lecturas e intercambios de materiales, otra nueva perla pudo ver la luz. En 1980, con obstinación y porfía, surgió el grupo autonomista

⁸ Calvera, Leonor (1990) *Mujeres y feminismo en la Argentina*, Buenos Aires, Grupo Editor de América Latina, p.71.

⁹ *Ibidem*, p.72.

¹⁰ Cano, Inés, *Op.Cit.*, p.89.

GAIA. Su nombre hacía referencia a la diosa de la Tierra en la mitología griega, también conocida como *Gea*. Primero, difundió en la clandestinidad un documento donde proponían su pensamiento venidero: “Durante la dictadura militar, la lucha feminista se aliara a las acciones conjuntas de todos los sectores perseguidos por alcanzar los derechos democráticos. Nuestro objetivo final consiste en la destrucción de la sociedad patriarcal y capitalista”. De esta manera, en su plataforma cruzaban las demandas propias de los organismos de derechos humanos junto con la supresión de la familia, la división sexista del trabajo y el ejercicio de una sexualidad libre y no reprimida. Bajo una visión marxista cuestionadora de la explotación del capital, interpelaban al patriarcado por el sometimiento ignominioso hacia las mujeres. Habría que leer al manifiesto del GAIA como un gesto político encarnado en un desafío utópico que por primera vez en Argentina cruzó las denuncias al terrorismo de Estado por las violaciones de lesa humanidad con reclamos de cuño feminista dentro de una lectura anticapitalista. A decir verdad, una infinidad de activistas emprendieron nuevas agrupaciones, muchas de las cuales, tuvieron una trayectoria de corto alcance aunque, de una u otra manera, las mujeres contaban con sus experiencias de la década anterior en cuanto a cómo intervenir políticamente. Hacia finales de 1981, una adalid del feminismo de los años setenta, María Elena Oddone rompió el silencio y con varias de sus compañeras de ruta reaparecieron con una nueva asociación: la “Organización Feminista Argentina” (OFA). En varios de sus volantes anticipaban que “el feminismo es la lucha contra el patriarcado”. Para este grupo, “el patriarcado discrimina, explota y oprime a las mujeres en las leyes y las costumbres”. Dos eran los puntos que marcaban como un aguijón para combatir contra ese sistema: “que la mujer elija la maternidad o la rechace” y también “que la mujer sea dueña de su cuerpo”.¹¹ Otro volante también comenzaba con varias preguntas precisas relacionadas a la violencia sexual y física de las mujeres. Y finalizaba con el siguiente lema: “Por todas ellas, por usted y por nosotras. SOMOS FEMINISTAS”.¹²

A lo largo de ese año, las feministas se agruparon en torno a unos pocos colectivos: “Libera”, y “Reunión de Mujeres”.¹³ Estas agrupaciones se proponían como meta la

¹¹ Documentos del CECYM (1996): “Feminismo por Feministas. Fragmentos para una historia del feminismo argentino 1970-1996”, Buenos Aires, *Travesías*, N° 5, p.15.

¹² *Ibidem*, p.16.

¹³ Bellotti, Magui, Op. Cit, p. 3.

reflexión y lectura de nuevos textos como así también el armado de grupos de concientización.

Por momentos, también la posibilidad de acciones callejeras. El CESMA editó la revista *Mujeres*, bajo la dirección de María Esther Recabarren, como una forma de llevar agua al molino de las causas propias. Tal empuje editorial duró hasta donde las fuerzas las acompañaron. Posiblemente, haya publicado tres números. El 27 de abril de 1982, se creó ATEM (Asociación de Trabajo y Estudio de la Mujer) -25 de noviembre. Su nacimiento coincidió con el inicio de la guerra de las Malvinas. Una de sus principales fundadoras, Marta Fontela, recuerda la apertura del evento: “Estábamos en contra de la guerra, no sabíamos que hacer. Habíamos alquilado un lugar y mandamos invitaciones, entonces decidimos continuar. Nos dividimos en comisiones, organizamos talleres, jornadas, donde invitamos a feministas y no feministas a participar con ponencias relacionadas con la condición de la mujer”.¹⁴ De inmediato, ATEM junto con CESMA armaron las primeras jornadas nacionales sobre “La Mujer y la Familia”. De verdad, emprender una actividad feminista aún cuando la dictadura no había abandonado el poder significaba un gesto de osadía por más que haya sido convocado mediante consignas tradicionales relacionadas al mundo femenino y al entorno familiar. Mientras que la investigadora de género María del Carmen Feijoó, considera “que las mujeres que estuvieron afuera realizaron, en muchos casos, procesos de cambio y concientización similares a los que nosotros hicimos desde el pozo: las que fueron militantes partidarias regresaron feministas, calificadas, contendientes, habiendo descubierto afuera un mundo tan importante como el que algunas creemos haber descubierto adentro”.¹⁵ Ahora, si se vuelve la mirada a la acción subterránea de nuestras insiladas, se encuentran casos donde seguían escribiendo en periódicos o revistas de tirada comercial, reuniéndose en casas, sin desconocer la producción de ediciones particulares. Así, el hecho de haberse aglutinado durante tanto tiempo animó a esas pocas mujeres, solas, anhelantes, a apostar por una salida en cuanto a reclamos. Mientras tanto, para ese período en Buenos Aires, se instituyeron nuevos espacios, tales como “Amas de Casa del País”, “Conciencia” y se fundó la “Asociación Argentina de Mujeres de Carreras Jurídicas.” Había una intención de adherir e impulsar proyectos en contra de la discriminación como

¹⁴S/R.”Autorretrato: Marta Fontela”, Op. Cit.p.25.

¹⁵Feijoó, María del Carmen.Op.Cit.p.192.

así también bregar por la igualdad de oportunidades y de trato para las mujeres. Sin olvidar, su acceso en los distintos ámbitos de toma de decisiones, en los que no podía ser ajeno el Poder Judicial. Asimismo, siguiendo con la cronología de los acontecimientos de 1982, con los inicios de la retirada de la dictadura militar, comenzó la apertura de un periodismo ensayístico de significativa importancia para las décadas posteriores. Tal fue el caso de la revista *Todo es Historia*, con su emblemático N° 183, dedicado por entero a la mujer en la vida argentina. La escritora Inés Cano abrió camino con un artículo sobre la historia del movimiento feminista en nuestro país a lo largo de la década del setenta. Fue uno de los primeros estudios ensayísticos en un medio gráfico en testimoniar ese recorrido. Otro punto de inflexión fue la salida del primer libro cabecera de toda una generación de feministas, *El Género mujer*, de la escritora feminista Leonor Calvera, publicado por Editorial Belgrano. Si bien el movimiento de derechos humanos situó en el centro de la polis el protagonismo de las mujeres, otras que provenían de diferentes espacios también clamaron contra el régimen militar.¹⁶ Así, también estaban aquellas anónimas que significaron piezas claves en las estrategias familiares de vida frente a la crisis económica de los años ochenta, a partir de su concurrencia en organizaciones barriales que convergieron en el grupo “Movimiento de Amas de Casa”. Por todo ello y mucho más, suele decirse que la resistencia a la dictadura fue femenina en la medida que tanto agrupaciones de mujeres, feministas, de organismos de derechos humanos como de organizaciones de base, desde sus insilios, y por distintos andariveles con sus demandas específicas, alcanzaron una conciencia sobre la discriminación y sobre el alcance de la lucha por democratizar la sociedad en una emergencia histórica que no dio tregua. Estos recorridos y trayectorias dimensionaron la inscripción de éstas en la esfera política.

Por lo visto, suficientes gérmenes quedaron plantados en todas ellas. Otras hicieron lazos con los feminismos europeos y latinoamericanos y se embebieron tanto de sus palabras como de sus acciones. A partir de 1981, con esos conocimientos retornaron a la Argentina. De algún modo, representaban las flamantes *viajeras militantes* de los años ochenta.

Por último, muchas procedieron a transitar ese mismo proceso guardadas entre cuatro paredes y de sus anteriores órbitas políticas pasaron a constituir los pequeños grupos

¹⁶ Cabe recordar a las madres de los soldados que pelearon en la guerra de las Malvinas. El 12 de agosto de 1982, en el diario *Clarín*, publicaron una solicitada “Mamá ¿Qué vas a hacer en la paz? Una convocatoria por el presente y futuro de nuestros hijos”. Entre el punteo de compromisos se encontraba la conquista por la abolición de la obligatoriedad del servicio militar.

feministas. Así, con todo eso y algo más, se configuró el mapa inicial de lo que más adelante se conocería como el movimiento de mujeres, entrada la democracia a nuestro país.